

Ruptura y comienzo

Por Octavio PAZ

A. J. Swaminathan.

Hace unas semanas recibí la visita de unos jóvenes. Me dijeron que eran pintores, que habían fundado un grupo llamado 1890, me enseñaron un Manifiesto y me invitaron a ver sus obras. Nos vimos varias veces; pasé largas horas ante sus óleos, dibujos, collages, grabados, esculturas; hablamos, discutimos, reímos, callamos. Somos amigos.

Al principio me intrigó el nombre que habían adoptado. Confieso mi antipatía por los números, siglas y rótulos. 1890: ¿una fecha o una clave? Un lugar de reunión: el número de la casa en donde se juntaron para redactar su Manifiesto. 1890 no es ni una fórmula estética ni una contraseña política o moral. En realidad, no quiere decir nada. Y en esta deliberada ausencia de significación ideológica, encuentro la significación del movimiento. Porque 1890, que no pretende ser una escuela, es un movimiento.

Un movimiento que se afirma como voluntad de cambio y que, al mismo tiempo, se rehúsa a definir el sentido o la orientación de ese cambio, ¿no encierra una contradicción? Tal vez sería mejor decir: una paradoja. Estos muchachos me hacen pensar en esos adolescentes que huyen de sus casas, movidos por un impulso irresistible: no saben a dónde van pero saben que en alguna parte alguien, Algo, los espera. Lo llamamos amor, muerte, arte, verdad, fraternidad, autoconocimiento, unión con lo absoluto, revelación, rebeldía. Tiene todos estos nombres y ninguno. Los muchachos oyen el llamado maravilloso, se levantan y abandonan familia, dioses y ciudad natal, sin volver los ojos hacia atrás. Van en busca del Encuentro.

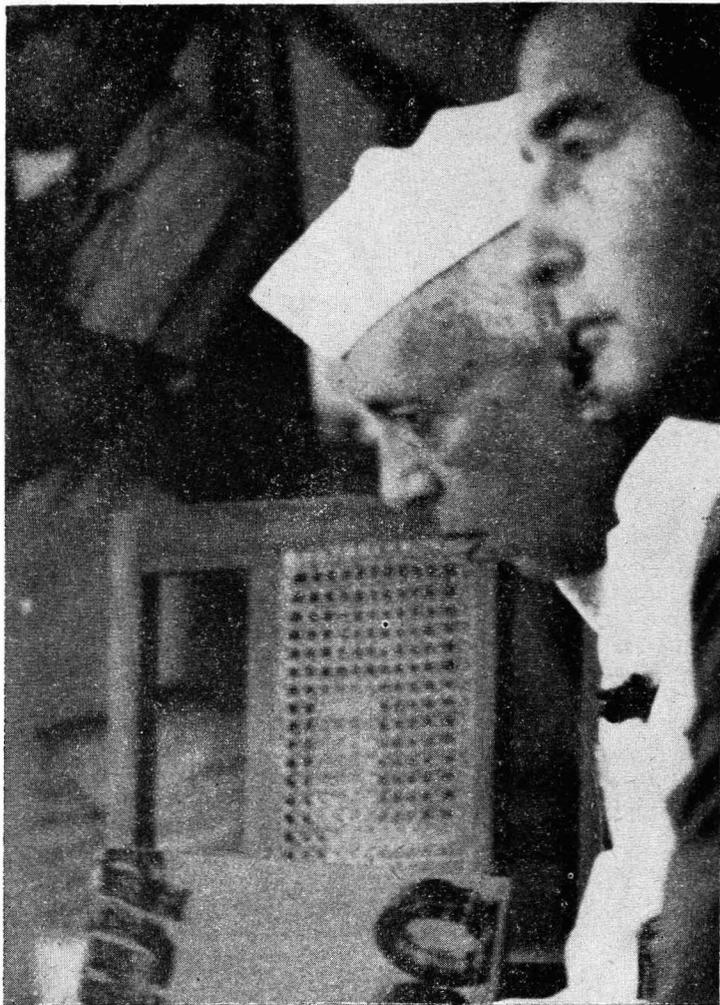
Decir que no saben con entera certeza hacia dónde vamos, es una prueba de lucidez. Lo insólito sería que alguien efectivamente lo supiese. ¿Lo sabe alguno de nuestros pedagogos, moralistas, guías y filósofos? La paradoja del movimiento, por lo demás, no es nueva. Desde hace muchos siglos la ilustró Zenón de Elea con su famosa flecha, que no avanza y sin embargo se mueve. Vibrante y fija en el aire, la flecha está siempre a la misma distancia del blanco. No: 1890 no es una cifra sin sentido que designa un lugar de reunión. Es una flecha, disparada por un grupo de jóvenes intrépidos. Cada uno apunta hacia un blanco distinto —y ese blanco es el mismo para todos. El blanco intocable. Estamos rodeados de infinito.

Estos muchachos me sorprenden por su lucidez. Saben que el arte es una actividad pasional y que nace de una urgencia vital: crear es, ante todo, juego y combate erótico, en el sentido más vasto y poderoso de la palabra erótico. Pero saben también que el arte exige una suerte de ascetismo, un vigor sin complacencias. El acto creador se sustenta en una crítica radical: crítica del mundo y crítica del artista y sus medios expresivos.

Crítica del mundo: nadie busque en las obras de esta exposición la realidad exterior de la India contemporánea y, menos aún, su rostro tradicional. Une a estos artistas, entre otras cosas, un mismo horror del folklore, el realismo fotográfico o didáctico y los modelos estéticos o religiosos que les propone la tradición. Su tentativa consiste, precisamente, en la destrucción de esas imágenes. Y en la invención, o el descubrimiento, de otra realidad —acaso la verdadera, escondida bajo las apariencias. Con frecuencia las imágenes de estos jóvenes son atroces. También son puras. No hay inquina ni encono. Su obra no es un juicio sino una visión. La misión del artista no es juzgar al mundo sino revelarlo. Y, a veces, transfigurarlo.

Crítica del artista y sus medios expresivos: lo que cuenta no es lo que se propone decir el poeta o el pintor (lo que llaman sus ideas) sino lo que efectivamente dice el cuadro o el poema. Ni arte didáctico ni esteticismo. No la belleza (¿qué es la be-

* Estas líneas fueron escritas como presentación del Grupo 1890, formado por jóvenes pintores indios, que celebró su primera exposición en Delhi, en 1963. Con ellos no principia la pintura moderna de la India, según podrá ver el lector por el ensayo de J. Swaminathan que aparece en este mismo número de la *Revista de la Universidad*. Entre los pintores anteriores a estos muchachos hay artistas de mérito verdadero, como Hussain, Gaitonde, Ram Kumar y Krishna Khanna. Ellos y algunos de los jóvenes del Grupo 1890 —Jeram Patel, Himmat Shah, Ambadas, J. Swaminathan— constituyen el núcleo de la pintura india contemporánea. Es muy arriesgado hacer pronósticos en arte pero Ambadas, aunque apenas inicia su obra, es ya un pintor; y el caso de Swaminathan me apasiona: pintor, poeta y crítico, en él se dan cita los dones más opuestos: la visión y el pensamiento, los ojos y la mente.



Octavio Paz y Nehru con los jóvenes del grupo 1890

lleza?), ni el mito, ni la historia: el artista a solas frente a la tela. Su tribunal no es el Estado, ni la Iglesia, el Partido, el Museo o el Dueño de la Galería (encarnación de la nueva y gran potencia maligna: el Mercado). Su tribunal son sus obras. Ante ellas el verdadero artista siente una responsabilidad absoluta y permanente. ¿En qué consiste esa responsabilidad? Pintar bien, escribir bien, ser hábil, elegante, gracioso, profundo, sorprendente, entretenido, dramático, elíptico, directo, misterioso —en suma: tener talento— no es difícil. Tampoco basta la perfección. El arte pide más — y menos. Moral de artista: exigirse cada vez más —explorarse, combatirse— no darse tregua nunca —desdoblarse y multiplicarse y volver a la unidad. Artista: histrión, santo y libertino. Vigilancia y abandono. Cada cuadro, cada poema: una experiencia total y única, un testamento. Y cada día: empezar de nuevo, diaria condena y diario abrazo con lo desconocido. El arte es una pasión rigurosa.

No es difícil advertir en las obras de esta exposición ecos, prolongaciones e influencias de la pintura contemporánea universal. Estos jóvenes, con plena conciencia, se han apoderado del lenguaje moderno. ¿Quién se atrevería a reprochárselo? No hay otro, es el único vivo. ¿Y cómo no advertir la frecuencia con que ese lenguaje deja de ser un procedimiento y se convierte en signo expresivo? Por otra parte, lo que se llama tradición no es sino un conjunto o sucesión de obras —esto es: de invenciones y variaciones de esas invenciones— contemplados desde un punto de vista sin cesar cambiante: el presente. (Aunque los críticos e historiadores de arte se crean instalados en la eternidad). Tradición: cambio. 1890: ruptura y recomienzo. Así, el verdadero tema de esta exposición es la confrontación de la visión de estos pintores con la imagen heredada. El arte indio contemporáneo, si este país ha de tener un arte digno de su pasado, no puede nacer sino de ese choque violento. No afirmo que la primera exposición del grupo 1890 sea ya la nueva pintura india. Ni estos pintores son los únicos ni su obra es definitiva. Afirmo que esta exposición es uno de los signos del nuevo tiempo, un tiempo que será de crítica tanto como de creación. Algo precioso nace con estos muchachos.